

Sus detractores¹

LAUREANO GARCIA ORTIZ*

Casi no hay condición humana, modo de ser, rasgo de carácter y hasta expresión de fisonomía, que sean peculiares o distintivos de un hombre, que no se encuentren también muy netos y bien realizados, en una especie animal. Tal parece que la naturaleza se hubiera propuesto ensayar o verificar primero en la escala zoológica, no sólo los diversos proyectos anatómicos y fisiológicos, que con sólo perfección y complejidad le sirvieran luego para constituir la organización corporal del hombre, sino que ensayó también en los animales cada uno de los factores psicológicos, de los impulsos pasionales, de los móviles sentimentales, que combinados luego más completamente y en varia proporción, vinieran a ser los elementos constitutivos del carácter humano.

Y por ello, si en un hombre predomina anormalmente lo que se quiso ensayar en una especie animal, aparece en ese hombre la visible y notoria semejanza con el animal tipo de esas tendencias.

1. Prólogo de García Ortiz al libro Santander, del doctor Manuel José Forero.

* Historiador. Miembro de número de la Academia Colombiana de Historia. Parlamentario. Ministro de Relaciones Exteriores. Autor de "Conversando", "Estudios sobre el general Santander", tres tomos, "Estudios Históricos y Fisonomías Colombianas", dos tomos.

Debido a ello, todo no es retórica en las expresiones hombre-fiera, hombre-águila, hombre-reptil. Debido a ello en la calle tropezamos con fisonomías mansas de buey, crueles de tigre, insignificantes de borrego, astutas de zorra, dulces de gacela, remordidas de hiena, leales de terranova y traidoras de víbora.

Debido a ello, el general Páez ha evocado siempre la imagen del más fuerte de los felinos. "Su enorme perfil de león", dijo hablando de él don Teodoro Valenzuela, y la posteridad lo llama el León de Apure. Aun cuando la literatura le atribuye al león una nobleza de carácter, de la cual no dan testimonio ni garantizan los corderos que sean parte en este pleito, es lo cierto que el valor franco e impetuoso fundado en la clara apreciación de su propia fuerza, fue la característica de Páez, sin que en éste, así como tampoco en la hermosa fiera, la inteligencia soberana desempeñe función predominante.

Asimismo, al hablar del "gallardo" Córdoba, el héroe de Ayacucho, ese solo epíteto evoca al más valiente y elegante de los combatientes entre las aves; al más listo, ágil, celoso e indómito de los guerreros de pico y espuela; al vigilante animal en quien Francia ha simbolizado el valor legendario y consciente de su raza.

También al nombrar al general Juan José Flores, quien conozca sus artimañas y marrullas, y vea en sus retratos el cráneo ancho y protuberante en la región parietal, sus pómulos salientes, su barba aguda y sus labios finos y recogidos, no deja de pensar en la zorra astuta y forastera, rondando y atisbando el corral ecuatoriano, separando con maña los obstáculos, hasta la acometida segura y fructuosa.

Y quien piensa en el equilibrio mental de Sucre, en su firme y sosegada consecuencia, en su incontrastable lealtad bien sabe que quien murió en la siniestra emboscada, no evoca al jabalí hirsuto, acorralado por la jauría y ultimado a balazos, sino al noble mastín, guardador inflexible, custodio leal de la casa, cuya muerte con previsión y cautela trama y asegura el asaltante nocturno.

Estas correspondencias y vinculaciones entre la animalidad y la humanidad, es lo que hace de las fabulas de Lafontaine y de algunos de sus felices imitadores, una obra maestra de psicología y de moral, hondamente arraigada a la realidad de la vida, a pesar de su apariencia artificiosa. Y es lo que hace también que el lápiz de algunos caricaturistas geniales, al interpretar figuras y caracteres

humanos por medio de imágenes de animales, encuentren tan unánime y regocijado aplauso. De ello es prueba viva, aquí en Colombia, el talentoso Ricardo Rendón.

Esos rasgos persistentes de la animalidad en los hombres, se hacen especialmente notorios en la fisonomía intelectual de algunos escritores; porque en los escritos, a la larga, aun en los más impersonales, es donde se traduce, más auténtica y cumplidamente, el verdadero fondo de una personalidad. Y con mayor razón en los historiadores, o en los que pretenden serlo, porque nada puede revelar tanto el propio carácter como el juicio o la crítica que se haga de los caracteres o de los actos de otras personas.

Entre esos seudohistoriadores no falta el buho, agazapado en la semioscuridad de un rincón, encandelillado por la luz, no gustando sino de lo negro y de lo oscuro, no viendo de las cosas sino una sola cara, la que queda frente a su ojo inmovilizado y aberrante. Como todo ser aislado y relegado por su propio recelo o por la instintiva precaución ajena, no emite ni recibe la onda de simpatía humana que hace amar, comprender y perdonar tantas cosas. Cuando llega a rozarse con sus semejantes, se le ve ceñudo, hispido, encorvado bajo el peso de sus rencores que no duermen. Admira o finge admirar a alguien sin restricciones, para poder odiar a los otros sin paliativo. Sobre los personajes históricos que dice admirar, acumula toda una gama de los elogios, los dota de todas las virtudes, los absuelve de todos los vicios, los lava de toda culpa, y quitándoles toda humanidad, así deformados y contrahechos, los torna en maniqués de espectáculo, canonizados por su modestia y casi por su castidad, como Luises Gonzagas. ¡Afortunados Bolívar y Sucre!

Pero todo ello para poder vomitar toda la bilis almacenada contra otros, corderos emisarios de todos los pecados de la tribu, repositorios de todos los crímenes, de todos los vicios y de todas las taras, asesinos, ladrones, cobardes y traidores, condenados sin remisión al fuego eterno. ¡Pobre Santander!

Para tales buhos, Bolívar y Sucre resultan dos santos de la Leyenda Dorada, cuando Santander y sus amigos resultan escapados de presidio.

Para el historiador-buho, todo lo que encuentre contra sus víctimas es prueba fehaciente, indiscutible y definitiva; un suelto de un periódico-pasquín o una hoja anónima, de 1826 o de 1833, contra el

general Santander, resulta un documento histórico irrefragable. Un párrafo de carta, ya sea de un enemigo personal, ya de un desairado pretendiente a un puesto público, ya de un empleado destituido por malos manejos, en que se ponga de oro y azul al Hombre de las Leyes, es un fallo inapelable ante la posteridad. Todo papel contra su adversario de hoy, que un hombre político actual condene y desdeñe por su mal origen, por infundado o por infame, basta que tenga un siglo, que se haya conservado por milagro en el archivo de un coleccionista, y que sea contra el general Santander, para que el historiador-buho lo tenga y lo propague como santa escritura infalible. Y no sólo se aceptan, se acogen y se prohijan como fuentes de verdad cosas semejantes o relatos pseudo-históricos fundados en ellas, sino que el historiador-buho las retiene y ennegrece aun más. En cambio, todo documento o testimonio favorable a esos hombres detestados y aborrecidos, por alto, desinteresado e insospechable que sea ese testimonio, no se toma ni se debe tomar en cuenta. Esto es característico.

Y con tal criterio, con tal método, se escriben y se imprimen obras de a cinco gruesos volúmenes, con opúsculos anexos de portadas chorreando sangre, en que se insulta a los presentes y a los ausentes, a los vivos y a los muertos. Ahí quedan esos volúmenes que nadie lee, cerrados y mudos como sillares para el pedestal de la estatua del autor que le erijan los pingüinos; y ahí quedan para el solo uso de otros historiadores-buhos, actuales o venturos, empeñados en el descrédito de los fundadores de Colombia.

A última hora aparece el historiador-mono, de andanzas grotescas, de muecas ridículas, de contorsiones burlescas, que entretiene y hace reír a los imbéciles, a quien no le repugna jugar con sus propias inmundicias, arrojándolas al pie del pedestal de la estatua del general Santander, divirtiéndose simiescamente en negarle a éste su grado militar.

Pero tales detractores se hallan hoy de capa caída. Uno de los caracteres de la historia es su constante empeño de rectificación y revaluación. Las nuevas generaciones colombianas no aceptan ahora los conceptos ya desmonetizados del extravagante doctor Urisarri, del venal y maligno don Miguel Peña y de otros frenéticos y anónimos enemigos del general Santander, que, con la misma salsa congelada, han pretendido seguirnos propinando los energúmenes actuales, herederos de tanta bilis, pero herederos gratuitos, sin la

causa atenuante de haber sentido en mala parte, como sus desdeñados antecesores, la punta de la bota del "organizador de la victoria".

A esos seudohistoriadores los están relegando y reemplazando los historiadores-abejas; jóvenes, ágiles, de alto vuelo en ancho horizonte, curiosos, laboriosos, metódicos, sin vendajes de momia, libres de prejuicios y de consignas de partido, que liban la verdad, como las abejas la miel, de todas las flores que no sean venenosas, y para quienes esa verdad, dulce o amarga, es alimento y no tósigo. Ellos no aceptan ya sin verificarlo y confrontarlo con los documentos originales y con la crítica, el concepto de un panfleto de ocasión o de un memorialista interesado política o personalmente. A estos historiadores de renovación, ni panegiristas ni iconoclastas, preocupados tan sólo de la realidad humana, de la rigurosa autenticidad de las glorias de Colombia, pertenece y en puesto muy distinguido, el doctor Manuel José Forero, joven académico, autor del presente libro, cuya puerta me toca abrir para mi honra y para mi complacencia. Este libro es prueba al canto de su talento, de su independencia y de su laboriosidad, y contribuye en momento propicio a satisfacer un anhelo nacional.

* * *

Mi opinión personal sobre la figura y la obra del protagonista de este libro, está consignada en tres cortos ensayos sobre el carácter, la influencia y la política del general Santander, que recibieron inesperada buena acogida en el país, tan sólo por la notoria buena fe que los inspiró y por su intento de revaluación del concepto genuina y justicieramente colombiano de nuestra historia. Tal intento de revaluación era imprescindible y lo reclamaba el espíritu nacional.

Al preparar y llevar a efecto la disgregación de la Gran Colombia, cierto grupo influyente de Caracas, que así principió por acusar al general Páez, como se sirvió de él, en seguida, para instrumento de sus fines; grupo que comenzó por ofrecerle a Bolívar la corona de Emperador, para luego negarle el pan, la sal y el asilo en la propia Venezuela; grupo funesto para la Gran Colombia, para Venezuela y para el Libertador, quien al tratar de halagarlo y conquistarlo, a costa de sus verdaderos amigos, cometió quizá el único error trascendente de su vida; ese grupo, una vez coronados sus fines de disolución, y muerto en Santa Marta el hombre extraordinario, para cohonestar y explicar su política incoherente, contradictoria e ingrata, ante el sentimiento de indignación condenatoria que hervía

ya en el pecho de heroicos y beneméritos venezolanos y en el continente americano entero, nada mejor encontró que echarle la culpa de todo ello a la abnegada Nueva Granada y a la previsor, prudente, firme y leal política del general Santander, ataque que ese grupo le venía haciendo en su prensa disociadora desde antes de 1826.

La confusión de la época y las pasiones e intereses desencadenados, permitieron que tal engendro tomara cuerpo. Hasta ahí todo es explicable. Pero una escuela política granadina, es decir de la Colombia actual, desde el año de 1840, en busca de noble genealogía, quiso vincular su origen al Libertador, en oposición a la que pretendía descender del general Santander y, para atacar a éste y a su descendencia política, acogió, prohijó y defendió en su integridad la tesis de aquel grupo de Caracas, con absoluto desconocimiento de la historia verdadera y con espíritu esencialmente antinacional. Esto ya no es explicable.

Pero el partido antisantanderista granadino, para ser consenciente y lógico, al aceptar el concepto caraqueño contra el general Santander, debería aceptar también el concepto igualmente caraqueño y casi simultáneo contra el Libertador, pues uno y otro concepto eran, en esos días, la misma cosa, o sea la inquina contra la Gran Colombia, o más bien el temperamento regional contra el supuesto predominio de la Nueva Granada, cosa que, por desventura, no llegó a ver palpablemente el Libertador, sino un mes antes de su muerte.

De estas premisas inexactas e injustificadas del partido antisantanderista granadino, se desprendieron necesariamente consencuencias absurdas, reñidas con la evidencia: que el general Santander fue causante del despedazamiento de la Gran Colombia, cuando fue el sostén firmísimo, casi único, de la Constitución de Cúcuta, fundamento de esa Gran Colombia, contra la revolución venezolana y contra el mismo Libertador; que el general Santander fue el enemigo original del Libertador, cuando sólo vino a ser su adversario político desde el instante en que Bolívar quiso sustituir esa Constitución de Cúcuta por la boliviana y cuando para alcanzar este fin se puso de parte de los revolucionarios de Valencia contra el Gobierno Constitucional Colombiano.

El fin único de los caraqueños de entonces, era la separación; y para ello hicieron la revolución de Valencia en 1826; contra el gobierno de Bogotá, presidido por el general Santander, y asimismo hicieron la

revolución de 1830, contra el gobierno de Bogotá presidido por el Libertador. En ambas ocasiones se sirvieron del general Páez como instrumento. Acusaron a Páez cuando éste obraba como agente del gobierno de Bogotá y se pusieron inmediatamente a sus órdenes cuando, por causa de esa misma acusación, él se enfrentó a ese mismo gobierno de Bogotá. Aparentaron someterse a Bolívar cuando éste, en oposición a Santander, vino a abrazarlos, y proscribieron, condenaron y abominaron al mismo Bolívar, cuando, desterrado Santander, el Libertador representaba la unión y el poder central de Bogotá.

Pero tales caraqueños, bajo tan enigmáticas contradicciones, abrigan una lógica oculta, la del regionalismo venezolano, igualmente activo contra Santander que contra Bolívar. No así el partido antisantanderista de la Nueva Granada, que fue y es todavía, ilógico y antinacional.

A causa de aquella natural confusión de los tiempos, de la cercanía de los sucesos que no permitían abarcarlos en su conjunto y en su entera significación, y de la falta de documentos que han aparecido mucho después, el historiador Restrepo, actor y coetáneo, no fu suficiente-mente explícito y completo en esa parte de su historia; pero, al través de su honradez de narrador, alcanza a percatarse ya la verdad que la crítica y el acervo documentario habrían de presentar sin velos más tarde.

El general Posada Gutiérrez, muy inteligente y apasionado memorialista, activo combatiente en nuestras luchas internas, adversario de la escuela política santanderista, en plena influencia de las tesis de aquel nefasto grupo caraqueño, no puede ocultar la verdad, que se le sale en ocasiones sin quererlo.

Luego han venido los historiadores segundones, en el orden cronológico y en el orden crítico, que lo que el mismo Posada Gutiérrez atenúa, ellos retiñen, que ya no sólo prohijan como ciertos los ataques que, para disculparse, le hicieron aquellos caraqueños al general Santander, sino hasta las viles invectivas de las doce cartas publicadas en Bogotá, del 17 de diciembre de 1837 al 11 de febrero de 1838, firmadas "Los cincuenta", que es el arsenal de donde los enemigos posteriores, ya no de la persona sino de la memoria de Santander, han sacado sus armas amelladas. Ni siquiera han sido originales: Marforio plagiándole a Pasquino. El anónimo de ese pasquín, el de las doce cartas, fue guardado tan estrictamente que

nunca pudo saberse su verdadero autor, prueba clara de las precauciones que tan villano sujeto tomó para ocultar sus vergüenzas.

Pues en libros recientes, que se llaman o pretenden ser de historia, se hace uso, como propios, de conceptos casi textuales de ese panfleto. Hoy en día, la crítica moderna está revaluando histórica, filosófica y moralmente las “Cartas provinciales” de Pascal, una de las obras más trascendentales de la literatura universal, escritas por una de las almas más altas y más serias que han honrado la humanidad, y, sin embargo, hay “historiadores” colombianos que aceptan como fuentes de verdad y de criterio las cartas de “Los sin-cuenta”.

A nadie se le puede ocurrir que en el futuro se tome como fundamento histórico para juzgar a Miguel Antonio Caro, el extravagante libro del señor Juan Bautista Pérez y Soto, llamado “Caro y su desprecio”. A nadie se le ocurrirá juzgar la figura histórica y política de Rafael Núñez, bebiendo tan solo en la fuente del libro de Vargas Vila, que puede ser elocuentísima arma de combate, pero que, ni en la mente del autor, fue jamás, ni será, documento histórico. Y no obstante para juzgar y condenar al mayor de nuestros hombres de Estado y para deprimir con él a la noble y vieja Nueva Granada, en provecho de causa ajena, sí son aceptados como testimonios de verdad los panfletos inspirados en el despecho y en el odio anónimos.

Y ni el libro citado sobre Caro, ni el libro referido sobre Núñez, son partos anónimos ni irresponsables, nunca fueron ataques alevos ni cobardes, hechos desde lo oscuro y tras del más impenetrable antifaz, como los dirigidos contra el general Santander.

El orgullo patriótico argentino ha puesto todo empeño en exaltar la figura del general San Martín, el hombre representativo del Plata, hasta equipararlo con el Libertador. El sentimiento patrio uruguayo ha querido encarnarse en Artigas, y de este valeroso guerrillero hacer un héroe nacional. Estaba reservado a colombianos, descendientes y herederos espirituales de aquellos pasquinos, tratar de deprimir y empuqueñecer la egregia figura de uno de los hombres de Estado más genuinos, más indiscutibles, menos susceptibles de inflación, menos necesitados de retórica en la América Latina, y de quien el propio Libertador Bolívar, un mes justo antes de morir, en carta para el general Rafael Urdaneta, fechada en Barranquilla el 16 de noviembre de 1830, hizo esta apreciación definitiva: “el no habernos compuesto con Santander nos ha perdido a todos”.

Esta final apreciación honra y engrandece tanto a quien la hizo como a quien fue materia de ella. Bien se ve que aquello ocurría entre grandes.

En los últimos tiempos, en la misma Venezuela, historiadores serios, conspicuos, revaluadores del pasado, han iniciado una era de justicia para el "Hombre de las Leyes". De tal modo que ciertos seudohistoriadores recientes de aquende el Táchira, nos resultan más católicos que el Papa.

No quiero detener más al lector en el pórtico de este libro de honrada e inteligente revaluación. Puedo discrepar con su autor en conceptos de detalle; pero me guardaré bien de decir que en tales discrepancias sea yo quien esté en lo cierto o a quien acompañe la razón.

Para estimar en lo que vale el despierto y juvenil testimonio del autor de este libro, debe saberse que no ha pertenecido al partido político colombiano que, con razón o sin ella, busca su origen en los principios y métodos del general Santander y reclama su paternidad.

26 septiembre 1931.